

Tomás el Dídimo, deseaba quedarse solo con Lázaro. Dijo a Marta que había que echar a toda esa gente. Lo condujeron a su aposento y al verlo con aquellas bandas sucias colgantes y arrastrando el sudario oloroso a humedad, mirra y áloes, las gentes no sabían si huir, llorar o reír.

Tan pronto como se supo que Lázaro descansaba en su lecho, y que se vieron libres de su presencia, todos se movieron y respiraron con más facilidad. Luego fueron a purificarse del contacto con un sepulcro.

* *

Todavía permanecieron Jesús y sus doce amigos unos cuantos días en Betania.

Ocurrió que al día siguiente de la resurrección de Lázaro, Tomás se manejó de modo que quedó solo con éste. Quería meterse y escudriñar dentro de su pensamiento que conocía la muerte, y así le dijo:

—¿Sabes, Lázaro, lo ocurrido en torno de tu resurrección? Y le contó detalladamente, de cómo habían sabido de su enfermedad estando del otro lado del Jordán; de cómo el Maestro no había querido apresurarse y de sus palabras: «Y huélgome por vosotros, que yo no haya estado allí, para que creáis».

Tomás relató hasta el momento en que Lázaro salió de la tumba, y añadió a modo de comentario:—Se ve que el maestro quería que su milagro fuese muy sonado.

Lázaro escuchaba con los ojos muy abiertos y los músculos del rostro en tensión. Al oír repetir las palabras que Jesús pronunciara ante su tumba, tendió las manos como si tratara de defenderse, las piernas se le doblaron y cayó en tierra sollozando lo mismo que un niño.

Tomás no comprendía el motivo de semejante desesperación y en vano interrogó al hombre abatido que yacía a sus pies. Tampoco pudo saber nada de lo que hay al otro lado de la vida.

Desde ese día Lázaro evitó encontrarse con Jesús. No volvió a trabajar y muy de mañana se iba a vagar por los campos y no regresaba sino hasta muy entrada la noche.

* *

Jesús partió con sus discípulos a Ephraim. Al frente del humilde grupo de galileos recorrió los caminos pedregosos y los campos estériles que rodean a Jerusalem, anatematizando a los fariseos y llenando de esperanzas a los pobres de espíritu y a los mansos de corazón.

En las tardes subía Lázaro a la cima del Monte de los Olivos y descansaba al pie de los cedros en donde

millares de palomas se arrullaban. Sus ojos escudriñaban el paisaje. ¿Por dónde peregrinaría el pobre grupo de sencillos idealistas, guiado por aquel a quien él tanto había amado?

Anochecía. En el poblado los niños jugaban en la calle y las madres los llamaban desde el umbral de sus viviendas. Cuando no obedecían les señalaban la abatida figura que oteaba el horizonte desde lo alto de la colina, y los niños corrían fustigados por el miedo a buscar la protección maternal.

La nueva del milagro había ido muy lejos y de todas partes acudían gentes ansiosas de ver al hombre resucitado por el profeta galileo. Los escribas y los fariseos, alarmados de la fama que aquel iba adquiriendo, tramaron un plan para matar a Lázaro y acabar con el fermento de rebeldía que se notaba entre las clases bajas, y que amenazaba su tranquilidad y sus creencias seculares.

Fué un amigo de Jesús, Nicodemo el rico fariseo, miembro del sanedrín, quien secretamente avisara a la familia de Simón el Leproso de lo que se fraguaba contra ellos. Marta entonces se convirtió en la sombra de su hermano. Conmovido Lázaro ante la devoción de aquella criatura abnegada, se quedó en la casa, acogiendo a los rincones más oscuros. Algunos criados abandonaron entonces la familia. Tenían miedo del resucitado que siempre buscaba la sombra, que estaba tan pálido y que miraba en torno suyo con aire de misterio y de asombro.

* *

Unos días antes de la Pascua, volvieron Jesús y sus discípulos a Betania. Cuando Lázaro los vio venir por el camino huyó hacia los campos.

En casa de Simón el Leproso se había preparado un banquete en honor del Maestro. A la hora de la comida, Marta, que por servir a los demás no tenía tiempo de andar en éxtasis y contemplaciones como María, notó la ausencia de su hermano, se fué a buscarlo por los prados y lo encontró en un olivar tumbado entre la hierba.

—Ven, hermano mío; si no vas, aquí me quedaré contigo—le suplicó.

Al ver el suave rostro que expresaba fatiga, inclinado sobre él, los ojos llenos de ternura, se levantó y la siguió.

Entró en la sala del festín, silencioso cual una sombra, distraída la mirada. Sentóse alejado de Jesús. Había muchos convidados y además una multitud de curiosos venidos con el fin de mirar al Profeta Galileo y al hombre resucitado por él. Lázaro

sentía que todos los ojos le contemplaban y trataban de sondear su pensamiento. Un inmenso desaliento se desprendía de toda su persona.

María entró con el frasco de unguento de nardo líquido, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos. Luego, según la antigua costumbre de romper la vasija de que se sirviera un huésped distinguido, María quebró el vaso y el fino cristal estalló en un melodioso quejido. Aprovechando la confusión que produjo esta escena, Lázaro se deslizó de la sala del banquete y se fué al camino a buscar la quietud junto al sepulcro de sus mayores.

Caía la tarde. Sobre el cielo las cigüeñas pasaban el encanto de su vuelo y sobre el silencio de las praderas temblaba el balido de los corderillos.

* *

Jesús salió muy temprano hacia Jerusalem seguido de sus discípulos.

Era un domingo del mes de Nisan y la primavera se regocijaba en los campos risueños de Betfagué, Gethsemani y Betania. Las vides danzaban entre la suave tristeza de los olivos plateados y los lirios silvestres se balanceaban sobre la hierba. El polen de las palmeras se agitaba en el aire puro de la mañana y la embriaguez del amor palpitaba en todas las criaturas.

Lázaro siguió de lejos a la pequeña comitiva, y de lejos asistió al triunfo de Jesús a la entrada de Jerusalem. Lo vio subir en la blanca pollina y ser aclamado por una multitud que agitaba palmas y tendía sus mantos en el polvo para que él pasara. Volvióse hacia Betania y los gritos de «¡Hosanna al Hijo de David!» llegaban hasta él mientras subía la pendiente.

¿Habría ayudado el milagro de su resurrección a ese triunfo?

Y una honda resignación se tendió sobre la rebeldía dolorosa que fermentaba en su espíritu y la calmó.

* *

Trascurría la semana. La familia, que parecía no temer ya ninguna asechanza, había descuidado a Lázaro; la misma Marta lo tenía olvidado. Entonces volvió a su costumbre de vagar por los campos de la mañana a la noche.

Desde otro día de partido Jesús, buscó refugio en la choza de un pastor de la casa, y mandó a avisar a Marta que allí se quedaría por unos días.

Una tarde, ya casi anocheado, vio subir de Jerusalem hacia Betania a sus hermanas, a Simón y a algunos discípulos de Jesús. Caminaban con